

La gerontología como un saber sobre la sexualidad y las nuevas configuraciones del curso de vida sexual

*Mauro Brigeiro
Escuela de Estudios de Género,
Universidad Nacional de Colombia*

En términos generales, la gerontología considera a los viejos, la vejez y el proceso de envejecimiento como objetos de su reflexión e intervención. También, como argumentaré en este artículo, es un campo de conocimientos y prácticas que puede ser entendido hoy como un nuevo saber acerca de la sexualidad. A expensas de la reflexión sobre la vejez, se ha elaborado en los últimos años un conjunto muy particular de discursos sobre la sexualidad humana en los períodos más avanzados de la vida. Dichos discursos sirven aquí como material de reflexión crítica acerca de las construcciones sobre la sexualidad que circulan en la modernidad y, particularmente, sobre los nuevos diseños del curso de la vida sexual planteados por los expertos en vejez.

En las siguientes líneas se explora las proposiciones que este campo de conocimiento ha formulado acerca de la naturaleza de la sexualidad, su importancia para el bienestar de las personas mayores y los nuevos parámetros temporales que regulan el ejercicio de la sexualidad a lo largo de la vida. La premisa aquí es que los discursos de los especialistas han desarrollado socialmente una nueva sensibilidad alrededor

de la vejez y del ejercicio sexual, estableciendo y consolidando las bases para el control y normalización de la sexualidad y de la experiencia de envejecimiento. Por supuesto, el análisis del poder disciplinario propuesto por Foucault (1979) es referencia central en el esfuerzo por interpretar los sentidos y juegos de fuerza presentes en esos discursos.

La gerontología constituye un extenso, heterogéneo y complejo campo de conocimiento. La apreciación crítica aquí no pretende despreciar sus esfuerzos dirigidos a mejorar la vida de los más viejos pues considerando la diversidad de sus actuaciones y prácticas, sería un despropósito subestimar su importancia. La reflexión considera sobretodo que este campo de producción de prácticas y discursos, como tantos otros, parte desde premisas e idealizaciones de la sociedad y, por lo tanto, amerita un análisis social. En otras palabras, se afirma que el conocimiento sobre la vejez y el envejecimiento son relativos a los contextos culturales y el tiempo histórico a partir del cual son producidos (Tornstam, 1992).

En cuanto al aspecto empírico, este trabajo presenta una revisión de la literatura gerontológica, específicamente la que privilegia el tema de la sexualidad. El procedimiento principal fue la recopilación y el análisis de artículos norteamericanos y europeos especializados, además de publicaciones brasileiras en el área. Dicha revisión bibliográfica permite identificar a la gerontología como uno más de los saberes de la sexualidad, que como otros, persigue un proyecto de modernidad y un ejercicio de poder sobre los cuerpos. Sin embargo, es necesario considerar que su trascendencia y especificidad están condicionadas a la existencia de un ideario de modernidad del contexto social en cuestión y a la per-

meabilidad a esos nuevos dictámenes por la cultura sexual local.

Consideraciones preliminares

La gerontología goza actualmente de gran reconocimiento social como instancia legítima para emitir juicios de verdad sobre el fenómeno del envejecimiento, sobre quiénes son o no viejos y lo que es adecuado y posible en este periodo de la vida. Como un campo del saber, es autoridad reconocida por organismos gubernamentales, agencias internacionales, profesionales de diferentes áreas, entre otros. Definitivamente, se ha destacado por su producción académica en torno al proceso de envejecimiento, orientando, por consecuencia, en un sin número de prácticas asistenciales hacia la población mayor.

La sexualidad no ha estado por fuera de sus preocupaciones. Ha sido un tema que ha ganado cada vez más atención, lo que se refleja tanto en la literatura especializada, como en otros frentes de acción de los gerontólogos. Para citar apenas un ejemplo, una breve revisión de los programas de cursos de formación de los futuros especialistas en el área muestra que invariablemente éstos reservan un espacio muy significativo para la temática. Los cursos siempre presentan una asignatura exclusiva o un bloque de conferencias para tratar el tema, confirmando su importancia en la preparación de los futuros gerontólogos o geriatras. En la producción bibliográfica, el énfasis sobre la sexualidad es también notorio: libros del área, publicaciones periódicas, revistas especializadas, tesis, monografías y hasta libros de autoayuda han incursionado en discusiones sobre la sexualidad de los

viejos, dedicando toda la obra o al menos un capítulo al tema. De igual modo, en Internet, en una breve consulta por páginas de búsqueda, se encuentra una infinidad de vínculos, donde médicos, psicólogos y otros profesionales tratan el asunto.

La producción gerontológica sobre la sexualidad refleja la multiplicidad de acercamientos al campo en cuestión. Aunque se puede identificar generalidades, cualquier mención hacia su producción bibliográfica debe considerar la pluralidad de su conformación. A su interior se congrega una serie de disciplinas y profesionales, provenientes de las ciencias humanas, como sociología, antropología, historia, psicología, trabajo social, entre otras; del área de la salud, principalmente la medicina y sus especialidades -por ejemplo la geriatría y la enfermería; y otras que vienen agregándose más recientemente como la arquitectura. A su vez, metadisciplinas como el neurociencia, la salud pública, la salud mental, entre otras, encuentran cabida en ese cuadro multidisciplinar. En ese sentido, este campo de conocimiento se caracteriza por una infinidad de metodologías, conceptos y premisas, muchas veces contradictorias y motivo de discordancia entre sus respectivos especialistas. No se encuentra allí un idioma común y eso se relaciona con su propio proceso de formación disciplinaria.

El punto de convergencia de la gerontología parece estar en su interés de estudio: el envejecimiento. No obstante, en tal aspecto también hay controversias. Según Achenbaum y Levin (1989), no se ha definido todavía si el enfoque de la gerontología debe atenerse a las enfermedades y demás procesos respectivos a los períodos más avanzados de la vida o si puede ser extendido a períodos previos de lo que conven-

cionalmente se considera vejez. La preocupación con el tiempo y el proceso de desarrollo vital parece ser todavía la única variable en común entre los diferentes especialistas, siendo el compromiso de investigación científica aplicada un objetivo más o menos consensual. Según esos autores, no existe aún una definición común para la palabra gerontología, ni una delimitación de sus fronteras, en términos de una ciencia del envejecimiento. Sigue siendo un campo multidisciplinario que no se ha unificado teóricamente sobre una base epistemológica homogénea.

Ante ese cuadro, es difícil demarcar una separación categórica entre la producción teórica de la gerontología y la literatura proveniente de otras disciplinas que se dedican -entre otros temas de interés- a estudiar la vejez o el envejecimiento de una manera independiente. Pese a esto, en el análisis realizado en este trabajo se establecieron operacionalmente tres criterios. El primero fue el uso del término gerontología en la definición de las premisas constantes en el artículo o libro consultado. La designación profesional o académica de los autores constituyó el segundo criterio, o sea, si el autor se presentaba como un gerontólogo o asociado a alguna institución o grupos de investigación denominados gerontológicos. La categorización del tipo de la publicación representó el tercer criterio, es decir, si el periódico o el libro se definían como pertenecientes a tal área.

El abordaje sexológico

Luego de esta delimitación del campo gerontológico, se retoma el análisis del *corpus* bibliográfico. La primera y más marcada característica que se observa en ese material es

su fuerte referencia a la sexología, aun considerando las diferencias peculiares de cada disciplina o metadisciplina que enmarcan los textos.

Siguiendo una intención primaria de intervención sobre lo sexual, la gerontología propaga la idea sexológica del orgasmo como un deber y un indicador de la salud sexual (Beijín, 1997). Las descripciones y discusiones se basan en una nosografía propia, una etiología de problemas que impiden la experiencia sexual satisfactoria en la vejez (las disfunciones sexuales) y una serie de procedimientos terapéuticos para restablecerlos. Son fundamentales los conocimientos relacionados con la fisiología de la actividad sexual, sus posibles variaciones (considerando incluso la edad como un factor importante en esas variaciones) y ciertas prerrogativas emocionales y sociales identificadas (o meramente establecidas) alrededor del asunto.

La gerontología adopta como estrategia terapéutica un conjunto de prescripciones que comprenden, desde el uso de medicinas y de otros recursos de intervención física, hasta técnicas pedagógicas de modulación de la conducta y de los usos de los cuerpos, con el propósito de promover un buen funcionamiento de la vida sexual en la vejez. En el caso de las personas mayores, la meta, casi siempre, es la de “ampliar al máximo” u “optimizar” el placer y el ejercicio sexual. Estos términos son muy utilizados en los textos de gerontología y sirven para evidenciar que los niveles de cambio pretendidos por cada intervención alcanzan un límite máximo dentro de un conjunto de dimensiones vitales, más o menos restringidas, en el que se encuentran las personas mayores. En el caso de la intervención sobre la

sexualidad, los especialistas defienden frecuentemente que los resultados de las terapias deben ponderarse en función de la existencia de determinadas enfermedades crónicas entre los viejos, como la diabetes, la hipertensión, las cardiopatías, etcétera (Ferrigno, 1988; Marsiglio y Donnelly, 1991; Deacon, 1995; Risman, 1996).

La gerontología, al tratar la sexualidad, además de apoyarse directamente en las tecnologías y la tradición empírica de la sexología, suele servirse de los datos provenientes de investigaciones y grandes encuestas de sexólogos clásicos como las de Kinsey, Master y Jonhson, Kaplan, Hite, entre otros, bien sea para comprobar premisas o fundamentar hipótesis, o para compararlas con los resultados de sus investigaciones. Es interesante subrayar que estos estudios, referenciado por los gerontólogos en la actualidad, fueron elaborados dos o cinco décadas atrás, pero esto no es tenido en cuenta en sus interpretaciones.

Un aspecto a recalcar en esa producción es su aplicabilidad: no todos los trabajos que desarrollan el tema del envejecimiento, la vejez y la sexualidad se definen por su interés intervencionista y pueden poseer un carácter de investigación no aplicada, casi siempre cuantitativa (Marsiglio & Donnelly, 1991; Delbès & Gaymu, 1997; Matthias *et al*, 1997). Bajo ese aspecto se verifica una importante diferencia en el conjunto bibliográfico estudiado, distinguiendo la producción brasilera de la europea y norteamericana. Claramente, la primera es más intervencionista y, aún siendo académica, parece dirigida al público general, adoptando las características del género literario de autoayuda (Fraiman, 1994; Maia y Lopes, 1994). La segunda presenta un estilo académico y

empírico más diversificado, busca un diálogo con la realidad práctica y su adhesión a la intervención es menos enfática.

Otro detalle importante refiere a la formación profesional de los autores. La producción extranjera se muestra mucho más heterogénea, evidenciando el interés de diferentes especialistas académicos. En Brasil, la mayoría de los trabajos son desarrollados por psicólogos. En este país los médicos, que fueron los pioneros en la tarea sexológica (Carrara, 1997) y gerontológica, son hoy en día una minoría entre los autores analizados. En Colombia existe poca bibliografía sobre el tema, sin embargo, las referencias encontradas parecen indicar un interés privilegiado de médicos y enfermeras, denotando un contorno teórico más específico en el tratamiento del asunto.

Definiciones de la sexualidad en la vejez

Una premisa generalizada en el conjunto de la literatura examinada es que la sexualidad de los viejos está marcada por el “mito de la vejez asexual”. El problema que la gerontología combate es la idea de que la sexualidad se extingue con el envejecimiento. Según estos argumentos, la expresión de la sexualidad de las personas mayores es invariablemente reprimida por la sociedad, siendo esta interdicción parte de un contexto más amplio de prejuicio social contra los viejos, de manera que impide la posibilidad de ejecución de la práctica sexual (Ludeman, 1981). Curiosamente, dicha discriminación contra la sexualidad no sólo se ejerce por los más jóvenes, sino también por los propios viejos. Incluso, en buena parte de los textos gerontológicos, es patente una apelación a las construcciones teóricas desde la hipótesis de la

represión de la sexualidad, tal como la nombró y criticó Foucault (1979), con la especificidad de que actualmente esta recae sobre todo en los viejos.

Este mito sirve como la justificación para todos los trabajos: se estructuran a partir de la necesidad de rescatar la vejez de esa interdicción psíquica y social. Los autores son unánimes al afirmar que la actividad sexual no se extingue con el pasar de los años, a pesar de la disminución de su frecuencia, reconocida empíricamente. Además, se evidencia en esta literatura una fuerte discusión sobre la fisiología del acto sexual, la penetración y las frecuencias de la actividad sexual, paralelamente a las afirmaciones de que la sexualidad es algo mucho más amplio. Es digno de notar que la vejez, tal cual ellos la describen, insta una nueva concepción de la sexualidad. Las siguientes citas ilustran bien esta idea común a la mayoría de los textos:

La sociedad considera a los viejos como ‘menos hombres y mujeres’ y como ‘seres asexuados’. Es un gran daño el que se hace a los individuos de edad avanzada, porque son muchos los que hoy disfrutan más de la sexualidad que cuando eran jóvenes. La sexualidad no tiene que ver sólo con erecciones y orgasmos y sí con la comunión, con tocar y permitir tocar, acariciar, y ser acariciado, tener y dar el placer. (Fucs, 1992: 94, citado por Risman, 1995: 62)¹.

Contrariamente a creencias muy difundidas, la sexualidad no se extingue necesariamente en la vejez. En lugar de eso [...] varios adultos mayores describen una vivencia diferen-

¹ Esta cita y todas las que siguen son traducciones libres.

te de sus cuerpos, del cuerpo de las parejas y de la propia relación. No más la premura de la descarga del orgasmo, no más las sensaciones eróticas concentradas apenas en los genitales y sí la erotización plena de toda la epidermis, sexo de cuerpo entero y de espíritu entero. No más la «hamburguesa con papas francesas», apresuradamente devorada en la juventud y sí un plato cuidadosamente elaborado y deliciosamente saboreado (Ferrigno, 1988: 5).

Esa visión sobre la sexualidad y el período en que ella es factible denota algo *sui generis*: en la vejez sería uno de los actos prohibidos por la sociedad, que tan sólo los especialistas y sus disciplinas científicas podrían re-validar. Paradójicamente a la identificación de la sexualidad limitada por los aspectos sociales, las proscripciones y prescripciones tienden a centrarse más sobre el individuo y su cuerpo que sobre el polo social. Así, el mito de la vejez asexuada es social y cultural, pero la intervención propuesta debe implementarse individualmente, involucra principalmente la dimensión de su cuerpo y se basa en la voluntad de cambiar creencias equivocadas.

También se observa en la literatura analizada la fuerte concepción de plasticidad corporal presente en el tratamiento dado a la sexualidad y a los cambios físicos asociados a la vejez. De forma más o menos explícita, se encuentra una filosofía individualista según la cual la subjetividad, el cuerpo y la vida sexual son dimensiones pasibles de ser remodeladas y ajustadas por todos aquellos que así lo quieran (Hepworth y Featherstone, 1999).

Veamos un ejemplo: respecto a las tecnologías de intervención, los consejos pertinentes a la terapia y a la educa-

ción sexual sugieren un desplazamiento de la sexualidad del área genital hacia las “zonas erógenas” del cuerpo. Los expertos prevén que en la vejez la ampliación de estas zonas puede darse en tal magnitud que no hay ninguna parte de la superficie del cuerpo de los mayores que no sea fuente de placer, extrapolando la propia noción de ‘zona’, una vez que no hay límites y demarcaciones.

En los textos se presenta de manera generalizada una emblemática distinción de género. Los hombres son vistos como más limitados en su concepción de sexualidad tendiendo a concentrar sus intereses en el área genital y en el recurso de la penetración. La prescripción de descubrir otras partes “sexualizadas” en el cuerpo es orientada especialmente hacia ellos, dados los cambios identificados en la función eréctil con el avanzar de la edad. En comparación con las mujeres, en estos discursos los hombres se interesan más por el sexo y tienen una frecuencia más alta de relaciones sexuales.

Las conclusiones sobre el universo femenino indican que ellas presentan dificultades menores en sus vidas sexuales en la vejez, puesto que su sexualidad siempre ha estado restringida a determinadas partes del cuerpo. De acuerdo con los estudios, la actividad sexual femenina depende mucho de la intención masculina: la disminución de la actividad sexual en las mujeres se asocia con la ocurrencia de enfermedades en sus esposos, la indiferencia de éstos y a la alta mortalidad masculina. Los datos sostienen que ellas, además de mostrarse menos interesadas por el sexo, sufrieron una socialización enmarcada en un control más grande, obstáculo para que ejercieran su sexualidad en la vejez. De

este modo, el trabajo de la intervención con ellas involucra una reeducación sexual en el sentido de la “liberación de la represión”.

La persistencia en el interés y el ejercicio sexual en la vejez es una realidad que no depende del sexo. En este punto se establece una equivalencia entre los hombres y las mujeres, aunque en niveles diferentes. Bajo el “mito de la vejez asexualada”, la etapa de la “vejez” no hace distinción de género. La sexualidad frecuentemente es retratada como una dimensión privilegiada de la vida de los viejos y como fuente especial de satisfacción y bienestar, asumida.

Las investigaciones gerontológicas coinciden en que la presencia de actividad y deseo sexual en la vejez reflejan de la vida sexual pasada de los sujetos. La ecuación que se traza es bastante interesante: al identificar que los grupos de viejos más activos sexualmente son aquéllos que mantuvieron una gran frecuencia sexual a lo largo de sus vidas; se postula que cuanto más intensa sea la vida sexual desde su inicio, mayores serán las posibilidades de mantenerla activa en la vejez. Según la gerontología, la frecuencia de la actividad sexual disminuye invariablemente, pero si ella siempre ha sido alta, será más expresiva en los años futuros. En general, los consejos gerontológicos sugieren que se mantenga los niveles de frecuencia sexual a partir de los treinta años.

Entre los trabajos gerontológicos examinados, sobresale la recurrente confirmación de los datos de las grandes encuestas sexológicas. Jamás se encuentra una discordancia en relación con ellas. Con esta observación no deseo refutar

los datos sexológicos clásicos, sino apuntar al modo peculiar como son utilizados. En tales estudios las comparaciones entre datos de muestras amplias se han dado de una manera ingenua y sin contextualizaciones. Como subrayan Bozon y Leridon (1993), las investigaciones cuantitativas tienen en el estudio de la sexualidad una utilidad comparativa mucho más limitada que en otras áreas, ora por las diferencias metodológicas en la forma de constitución de las muestras, ora por los diferentes contextos sociales que producen concepciones variadas del comportamiento sexual.

Los hallazgos sobre el mantenimiento del ejercicio de la sexualidad en los períodos más avanzados de la vida se toman como la verdad absoluta en literatura gerontológica. Por tanto hacia el contexto investigado y al período histórico del estudio, como si tales aspectos no fueran fundamentales en la conformación social de la sexualidad. No está en debate aquí la validez científica de tales trabajos: el propósito de esta revisión es destacar la mirada particular que tiene la gerontología sobre la sexualidad. En general, los discursos actualizan una versión moderna y homogénea de la vida sexual.

Aunque los trabajos gerontológicos han incluido gradualmente y aspectos de carácter socio-cultural, siguen fuertemente apoyados en una dimensión física o psíquica de la sexualidad, adoptando una perspectiva tradicionalmente estricta y esencialista, defendiendo una intención de universalizar el fenómeno. Paradójicamente, esos estudios han pretendido incorporar ideas más relativistas sobre la sexualidad, sin abandonar una perspectiva de homogenización que, casi siempre, está presente en el tratamiento dado tanto al envejecimiento como a la dimensión de la sexualidad.

Es posible identificar en este punto una similitud con los primeros trabajos antropológicos sobre la sexualidad, seguidores del modelo de “influencia cultural” (Vance, 1995). En éstos, se reconocía que la variedad de las acciones sexuales se regulaba y se conformaba culturalmente; sin embargo, sus significados acerca de la sexualidad humana mantenían un estatus de universalidad. Muchos de los trabajos orientados por ese modelo interpretativo continúan tomando premisas del construccionismo cultural, apoyándose en estructuras conceptuales y argumentos que apelan a la naturaleza.

En la producción brasilera sobre sexualidad y envejecimiento, se evidencia esa articulación ambigua, dada por la adherencia a interpretaciones culturales y el mantenimiento de presuposiciones relativas a la naturaleza física o psíquica de lo sexual:

[...] entender cómo se produce socialmente la sexualidad masculina y femenina desde los primeros años de edad, es fundamental para alcanzar explicaciones acerca de las diferencias de actitudes y conductas de hombres y mujeres, de todas las edades, incluso de la Tercera Edad. [...] Aquí se piensa a la sexualidad como algo socialmente construido, con una dimensión histórica, una vez que, al nacer, nosotros ya encontramos una sexualidad prefigurada. [...] Como cualquier otro, independientemente de la edad o de otra característica, los adultos mayores tienen necesidades y deseos afectivos y sexuales de cuya satisfacción depende su bienestar psicológico (Ferrigno, 1988: 6).

La argumentación de la existencia de la sexualidad en la vejez aparece como una confirmación científica para las

premisas de la gerontología y la sexología y respalda la actitud intervencionista sobre lo sexual, puesto que se cree haber descubierto nuevos parámetros de evaluación de la normalidad sexual. Es exactamente a partir de esos objetivos de intervención donde encontramos un punto de conexión entre producción gerontológica y sexológica. Dicha compatibilidad se hace posible porque ambas disciplinas se sirven mutuamente de sus propósitos particulares para la solidificación de sus teorías. La gerontología, al asumir para sí el compromiso primario de promoción de cambios en la vida de las personas mayores y por su condición multidisciplinar, forma una alianza, ideal con la sexología, disciplina de intervención sobre lo sexual. Ésta, a su vez, encuentra en el estudio sobre el proceso de envejecer un campo fecundo para el debate sobre las disfunciones sexuales. Se fusionan los intereses de ambas disciplinas, en cuanto a la prominencia y el prestigio garantizado a sí mismas y al rescatar el abordaje y terminologías de una y otra, normalmente vistas como técnicas, innovadoras y eficaces. Así, se puede decir que el estudio de la dimensión sexual en la vejez se da por el diálogo multidisciplinario entre la gerontología y la sexología, que establecen entre sí ciertos conceptos comunes.

La presuposición de universalidad de los fenómenos de la sexualidad y la vejez, como objetos de interés científico, es otro aspecto común entre las dos disciplinas. La gerontología demuestra tal postura epistemológica en su progresivo movimiento de gestión del envejecimiento que se caracteriza por homogenizar las representaciones sociales acerca de la vejez. El debate sobre las construcciones sociales de la edad y la generación, cuando se menciona, se hace de modo am-

biguo. En consonancia, la sexología se basa integralmente en proposiciones esencialistas sobre la sexualidad. Hay que enfatizar la existencia de nuevas tendencias que se vienen incorporando en el campo teórico gerontológico, exigiendo y postulando la heterogeneidad de la experiencia del envejecimiento, sin ser aún visibles en el conjunto de la producción que se dedica a la sexualidad. Para abreviar, guardando las debidas diferencias, la sexología defiende un estatuto universal respecto al sexo de modo similar a la gerontología, que naturaliza el envejecimiento y, en ese sentido, refuerza sus eslabones de confluencia con ella.

La sexualidad como clave para el envejecimiento exitoso

Las publicaciones sobre la sexualidad en la vejez plantean una relación estrecha con la discusión del envejecimiento exitoso. En la bibliografía gerontológica presenciamos un curioso debate: ¿es la sexualidad benéfica para la vejez?

En los estudios cuantitativos sobre sexualidad se verifica en sus resultados una fuerte correlación entre la actividad sexual y la satisfacción de vida en las personas mayores (Marsiglio y Donnelly, 1991; Matthias *et al*, 1997). En sintonía con esas observaciones, algunos autores toman como punto de partida la idea de que la expresión cabal de la sexualidad es parte de una vida más satisfactoria en la vejez (Deacon *et al*, 1995). Otros son más explícitos: «*el sexo es principalmente importante en la tercera edad por la promoción de placer*» (Risman, 1996: 70).

No obstante, las razones que justifican la importancia del sexo en la vida avanzada parecen ir más allá: el debate presenta ideas que confirman el ejercicio sexual como fundamental para la salud:

Las sensaciones y percepciones continúan existiendo y con el prejuicio, se impide que la energía que viene de esos núcleos puedan fluir en la dirección correcta. De esa manera, el hombre termina por crear dentro de sí mecanismos que dañan el equilibrio de su energía, pre-disponiéndolo a depresiones y enfermedades (Risman, 1996: 172).

Es interesante observar que en otros trabajos el avivamiento del interés sexual en las personas más viejas, en oposición a lo arriba propuesto, puede ser indicador de una respuesta positiva al tratamiento de alguna enfermedad:

Por ejemplo, la terapia de reposición hormonal, si es aplicada de modo focal o sistemático, puede mejorar el funcionamiento sexual fisiológico y el interés sexual. Las personas con depresión pueden identificar en el retorno del interés por el sexo un efecto benéfico del tratamiento. (Deacon *et al.*, 1995: 506)

En el corpus levantado, el único trabajo que cuestiona los límites benéficos de la actividad sexual para los viejos es el de Thomas (1982) cuyo título sugestivo es: *Sexuality and aging: esencial vitamin or popcorn?*. Según el autor, la analogía común en los textos gerontológicos, según la cual la actividad sexual es una “vitamina esencial” para un envejecimiento saludable, debe sustituirse por otra metáfora. En su artículo, el sexo debe compararse a las palomitas de maíz: un alimento de pocas prescripciones y proscipciones, asociando su consumo al placer y no a la supervivencia. En ese sentido, lo que los especialistas gerontológicos hacen al estimular y favorecer la actividad sexual es, irónicamente, com-

parable a una intervención en los niveles del consumo que los viejos hacen de las palomitas de maíz. Para el autor, la viudez y el aislamiento pueden ser considerados en la vejez como las causas de sufrimiento más importantes por encima de los cambios en la vida sexual. Desde su punto de vista, el peligro está en proyectar en la agenda de preocupaciones de los mayores, valores y actitudes relativas a las personas de media edad. Ante este debate ¿cómo ubicar esos posicionamientos dentro del campo gerontológico?

De acuerdo con Debert (1992), en su análisis de la bibliografía dedicada a la experiencia del envejecimiento, dos teorías prevalecieron como enfoques orientadores de la gerontología hasta el final de la década de 1960: la actividad y la desvinculación. La primera hacía énfasis en que las personas mayores encuentran su bienestar a través de la participación en prácticas que compensan su inactividad. La segunda, postulaba como parte de un envejecimiento exitoso el alejamiento voluntario, con el pasar de los años, de las actividades habituales, en la búsqueda de adaptarse a las limitaciones físicas o sociales asociadas a esta etapa de la vida. En ambas teorías se verifica la presuposición de que la vejez es, en principio, una fase de pérdidas, incluso de los roles sociales. Aunque las investigaciones en las últimas dos décadas son más complejas en su abordaje estos, dos modelos antagónicos aún hacen parte del debate gerontológico sobre el envejecimiento.

En la literatura gerontológica sobre sexualidad encontramos también la presencia de dichos modelos, sin embargo, con una prevalencia absoluta del primero sobre el segundo. La casi totalidad de los trabajos sobre el tema se caracteriza por el esfuerzo de demostrar la posibilidad y los beneficios

del mantenimiento de la vida sexual con el avance de la edad². Apenas una pequeña parte de la bibliografía, oponiéndose a la anterior, está marcada por el esfuerzo de demostrar que las configuraciones que el envejecimiento puede imponer en la esfera afectivo-sexual, resultan tópicos de importancia menor, especialmente cuando se considera las demás esferas de la vida de las personas. El predominio de los argumentos a favor del mantenimiento de la vida sexual en la vejez indica la prominencia del modelo de actividad sobre los ideales de envejecimiento exitoso y, por supuesto, la influencia de los valores de productividad e independencia en las nuevas experiencias de envejecimiento comunes en las sociedades occidentales (Rice, Lockenhoff y Carstensen, 2002).

Los trabajos analizados se destacan por su esfuerzo de presentar una versión sobre la importancia de la sexualidad en la vejez. La sexualidad y el envejecimiento saludable son considerados como un reto de acuerdo con esta bibliografía. Bajo cualquiera perspectiva, el sujeto está frente a una situación que le exige un nuevo posicionamiento ante sí: siguiendo el modelo más común, es necesario revisar sus valores y creencias acerca del sexo y, por consiguiente, adoptar nuevas actitudes; y según el otro modelo, debe aceptar la vejez como una fase de transformaciones buscando adecuarse a ellas, incluso respecto a los cambios ya previstos en la esfera sexual. El tono problemático frente a esta situación amerita una iniciativa individual de cambio; de lo contrario, el sujeto experimentará una vejez poco exitosa. Ésta es una situación

² De forma similar, en un estudio sobre los manuales de autoayuda para personas mayores en los Estados Unidos, Arluke, Levin y Suchwalko (1984) analizaron el contenido sexual y romántico de estos libros y apuntaron que la actividad sexual es más aconsejada recientemente que en el pasado. Los autores describen sus conclusiones apoyados por la premisa de que la revolución sexual influyó sobre la forma de concebir la vejez.

que se produce al ser juzgada no por una ausencia de opciones, pero sí por responsabilidad individual, o más bien, por la irresponsabilidad en el trato dado a sí mismo. El siguiente ejemplo es frecuente en el discurso gerontológico:

Ya existen muchas personas que envejecen trabajando, paseando, bailando y enamorándose, con una inmensa vitalidad. Ellos son los ejemplos vivos de que las enfermedades que suelen aparecer en la vejez no son eventos de la edad, pero si consecuencia de errores, en general, cometidos a lo largo de los años, como la alimentación inadecuada, la vida sedentaria, el exceso de tensión. O, lo que es peor, por un rechazo en participar de la vida, por falta de estímulos, oportunidad o por no creer que hay todavía tiempo. Esos adultos mayores están demostrando que, más allá de la ausencia simple de enfermedad, la salud total es un estado de excelencia personal, de sincronía y bienestar físico, emocional y mental. [...] Por supuesto, existen las pérdidas que acompañan el proceso natural del envejecimiento. Pero es posible vivir bien con esas limitaciones impuestas por la edad y con aquellas que se refieren a la vida sexual. En lugar de entender los cambios y las enfermedades, todavía combatimos sus síntomas. Lo mejor sería desarrollar y flexibilizar nuestra capacidad de adaptación (Fraiman, 1994: 198).

Debert (1997) nombra como “reprivatización de la vejez” a esa transformación de la vejez como una responsabilidad individual. Respecto a la esfera sexual, el tema se pone especialmente evidente cuando la literatura, para definirla,

recurre a la noción de “los derechos de la vejez”. Los especialistas se posicionan como abogados defensores de esa causa, decidiendo lo que es adecuado hacer con la sexualidad de los viejos.

Los nuevos parámetros para el curso de vida sexual

La discusión sobre envejecimiento exitoso, sobre todo la que enfatiza los argumentos favorables a la actividad, se pone en sintonía con el ideal de vejez conocido como “tercera edad”. La producción brasilera sobre el tema revela un compromiso absoluto con esa nueva categoría. El término “la vejez” es poco usado en los textos, salvo cuando se quiere enfatizar aspectos problemáticos de este período de edad. La expresión “tercera edad” se ha vuelto popular en muchos países como la designación más apropiada para referirse a la vejez (Peixoto, 1998). El término recibe hoy una connotación tan positiva y respetuosa que es empleado indiscriminadamente en varios contextos sociales, con el sentido de incluir en su uso la diversidad completa del segmento social de los más viejos.

La categoría “tercera edad” presupone un determinado estilo de vida: Indica que las personas de más edad deben descubrir que éste es un momento para abrirse a lo moderno, a las nuevas formas de relacionarse (con su cónyuge, su familia, su comunidad), al aprendizaje de nuevas habilidades, etcétera, en oposición a las ideas de vejez decadente y declinante. El término ofrece una neutralidad y se relaciona con la idea de progreso o avance; guarda un sentido de fases progresivas -primera, segunda, tercera- que no están necesariamente en declive; ofrece la posibilidad de un nuevo cuadro en el que el curso de la vida avanzaría

en un ascenso interminable. “La tercera edad” aparece como una categoría sumamente útil para las premisas gerontológicas sobre la sexualidad, anula el estigma, refuerza la idea de que la sexualidad no se restringe y que por el contrario, se perfecciona con el envejecimiento.

A través de estos discursos opera un nuevo esquema del curso de la vida sexual. Según nos hacen ver los especialistas, no hay motivos para creer que la carrera sexual de un individuo encuentre su fin en la vejez. La nueva propuesta es que la sexualidad sea factible durante toda la vida. Coinciden ahí el curso de la vida y el curso de la vida sexual, que sólo terminan con la muerte.

Esta nueva configuración presenta importantes repercusiones en la idea de normalidad y anormalidad del curso de la vida sexual. Se asiste paulatinamente a la construcción de un nuevo imperativo acerca de la sexualidad: que debe mantenerse activa y que no encuentra límites con el avance de la edad.

En este sentido, la inversión gerontológica sobre la sexualidad representa una paradoja. Tradicionalmente, este campo se caracteriza por su labor en contra del estigma asociado a la experiencia de la vejez. Por medio de la legitimidad de los nuevos parámetros de la vida sexual, son establecidos también nuevos criterios de anormalidad cuando no se cumple con dichas expectativas, y lo que antiguamente podría tener un significado negativo, pero esperado según la edad, hoy pasa a representar un signo de descuido. No vivir una sexualidad plena en la vejez es un problema, una disfunción. La solución es la búsqueda de un especialista habilitado para re-instaurarla o liberarla de la represión.

Es importante ubicar este debate en un marco político, pues si bien es cierto que en términos ideales el envejecer sexualmente activo es viable para todos, también lo es que las formas materiales para acceder a este estado no están disponibles por la simple voluntad individual. Además, cabe la reflexión acerca de la actividad como valor moral cuando tratamos la sexualidad y el envejecimiento.

Bibliografía

- Achembaum, Andrew y Levin, Jeffrey. 1989. What's does gerontology mean? *The Gerontologist*, 29(3): 393-400.
- Arluke, Arnold, Jack Levin y Jonh Suchwalko. 1984. Sexuality and Romance in Advice Books for the Eldery. *The Gerontologist*, 24(4): 415-418.
- Bozon, Michel y Leridon, Henri. 1993. Les constructions sociales de la sexualité. *Population*, núm. 5. Pp. 1173-1196.
- Carrara, Sérgio. 1997. Sexualidade e sexologia no Rio de Janeiro entre-guerras (notas preliminares de pesquisa). *Cadernos do IPUB*, núm. 8. Pp.113-128.
- Deacon, Susan, *et al.* 1995. Sexuality and older people: revisiting the assumptions. *Educational Gerontology*, Vol. 21. Pp. 497-513.
- Debert, Guita Grin. 1992. Família, classe social e etnicidade: um balanço sobre a experiência de envelhecimento. *Boletim Informativo Bibliográfico*, Vol. 33. Pp. 33-49.
- Debert, Guita Grin. 1997. A invenção da Terceira Idade e a rearticulação de formas de consumo e demandas políticas. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 12(34): 39-56.
- Dëlbes, Cristhiane y Joëlle Gaymu. 1997. L'automme de l'amour. La vie sexuelle après 50 ans. *Population*, núm. 6. Pp. 1439-1484.
- Featherstone, Mike y Hepworth, Mike. 1999. "The male menopause: lay accounts and the cultural reconstruction of midlife", en *The Body in every Day Life*. S. Nettleton y J. Watson (eds.). London: Routledge.
- Ferrigno, José Carlos. 1988. A sexualidade dos mais velhos. *Intercâmbio*, 31(1): 5-16.
- Foucault, Michel. 1979. *História da Sexualidade I. A vontade de saber*. Rio de Janeiro: Graal.
- Fraiman, Ana Perwin. 1994. *Sexo e Afeto na Terceira Idade: aquilo que você quer saber e não teve com quem conversar*. São Paulo: Gente.
- Ludeman, Kate. 1981. The sexuality of the older person: review of the literature. *The Gerontologist*, 21(2): 203-208.

- Maia, Mônica y Gerson Lopes. 1994. *Sexualidade e Envelhecimento*. São Paulo: Saraiva.
- Marsiglio, W. y Donnelly, D. 1991. Sexual relations in later life: a national study of married persons. *Journal of Gerontology*, Vol. 46. Pp. 338-344.
- Matthias, Ruth *et al.* 1997. Sexual activity and satisfaction among very old adults: results from a community-dwelling medicare population survey. *The Gerontologist*, 37(1): 6-14.
- Peixoto, Clarice Ehler. 1998. “Entre o Estigma e a Compaixão e os Termos Classificatórios: Velho, Velhote, Idoso e Terceira Idade”. *Velhice ou Terceira Idade*. M. L. de Barros (Org.). Pp. 69-84. Rio de Janeiro: Fundação Getúlio Vargas.
- Rice, Cara; Lockenhoff, Corinna y Carstensen, Laura. 2002. En busca de independencia y productividad: cómo influyen las culturas occidentales en las explicaciones individuales y científicas del envejecimiento. *Revista latinoamericana de Psicología*, 34(1-2): 33-154.
- Risman, Arnaldo. 1996. *A Carruagem da Saudade: seremos todos passageiros? o percurso da sexualidade na Terceira Idade*. Tesis de grado, Maestría en Sexología. Rio de Janeiro: Universidade Gama Filho.
- Risman, Arnaldo. 1995. “Atividade sexual na velhice”, en *Terceira Idade: um envelhecimento digno para o cidadão do futuro*. Renato Veras (Org.). Pp. 49-64. Rio de Janeiro: Relume-Dumará.
- Thomas, Eugene. 1982. Sexuality and aging: essential vitamin or popcorn? *The Gerontologist*, 22(3): 240-243.
- Tornstam, Lars. 1992. The *quo vadis* of gerontology: on the scientific paradigm of gerontology. *The Gerontologist*, 32(3): 318-326.
- Vance, Carol. 1995. “Social construction theory and sexuality”, en *Constructing Masculinity*. M. Berger, B. Wallis, S. Watson (eds.). Pp. 37-48. New York: Routledge.